



## CRONICA DE BELLAS ARTES

### Auscultación de nuestro Tiempo

La historia del Arte, tanto como la de la Humanidad, no evoluciona por una transformación continua y regular. La pasividad intelectual de los hombres, la ignorancia en que se encuentran acerca de las novedades que transforman insensiblemente alrededor suyo, «el estado de cosas» y la rapidez con la que, al contrario, las admiten y las adoptan cuando algunas voces autorizadas han llamado la atención sobre su existencia, hasta entonces inadvertida, dividen la historia en razones coherentes, en «períodos» que relacionan bruscos pasajes. Es una sucesión de capítulos unidos por rápidas transiciones.

Desde hace seis o siete meses nuestra civilización está ante la caducidad de la fase que ha vivido estos últimos años; se da cuenta con brutalidad que el período llamado «après-guerre» está clausurado y que sordamente, en todas partes, en manifestaciones dispersas, que tienden a unificarse a través de los restos de lo que terminó de ser, se prepara un nuevo estado de cosas.

No se sabe todavía que será lo de hoy, puesto que lo hacemos en este momento; se sabe lo que ya no es. Se ha llegado a decir que la pintura agonizaba; creemos que de ningún modo la pintura, pero sí lo que durante diez años fué para nosotros la pintura y que pasa con prontitud, cada día, de la fase activa a la fase histórica. Es ridículo pensar como M. Mauclair que el fauvismo, el cubismo o el surrealismo son cosas muertas: ya no son, lo que es diferente, más que cosas históricas.—*René Huyghe.*

### Exposición Oriental de Pablo Neruda

Dentro del mes en curso se abrirá en una de las salas de arte de Santiago una exposición de máscaras, tejidos, batiks, cuchillos y esculturas orientales de la propiedad del poeta Pablo Neruda, quien las ha reunido tras costosos esfuerzos en sus mismos países de origen, durante sus viajes por la India.

El arte oriental conocido por nosotros ha estado siempre sometido al capricho de anticuarios y comerciantes que con más o menos falta de es-

crúpulos han especulado con estos objetos de mil maneras, cuando menos induciendo a error con las atribuciones recomendadas por ellos, según las caprichosas circunstancias.

Se presenta, pues, una buena ocasión para que nuestros amateurs se formen una idea exacta del estado de evolución en que se encuentran, después de algunos siglos de contacto con la civilización occidental, la decoración de los tejidos, por ejemplo, especialmente los «kain» malayos. Las telas hechas en Java, que es donde más cosas ha reunido Neruda, son laboradas por tejedores populares que desempeñan una industria tradicional de inmediata necesidad, ya que las telas que ellos fabrican sirven para el vestido de la gente del país, constituyen el «sarong» malayo; de material más rico o más pobre así sea la jerarquía de quien lo utiliza. Así, he tenido ocasión de ver fastuosos tejidos bordados con oro sobre fondo de ardientes ocres y rojos hechos por los tejedores de Palembang, de la isla de Sumatra al lado de las telas más populares de Bali, pero siempre ricas en el dibujo decorativo, en la suntuosidad del símbolo religioso; sobre un vulgar gran trozo de tocuyo hay una larga serpiente minuciosamente escamada, en cuyo centro exacto un caballo ario sostiene de pie a las tres divinidades: el árbol de la vida abre sus brazos en lo alto del tejido dominando al resto, en oposición al espíritu subterráneo que habita al límite inferior de la tela y hay divinidades menores en los ángulos, y pequeños y terribles monstruos. Es tal la distribución del dibujo, tal el sentido de la decoración que reina en estas composiciones que el espectador se da cuenta por primera vez de lo que significa el lastre de siglos de una cultura cuyas raíces alcanzan el fondo mismo de la especie. Es necesario pensar que estos trabajos están hechos por decoradores anónimos, gente de oficio del pueblo sin preparación especial alguna, que su obra les reporta una ganancia escasísima, pues es considerada absolutamente como industria popular. Es sólo la tradición la que se evidencia en sus resultados, el instinto preparado generación tras generación para la forma y el color en el hombre cualquiera de una raza, es en fin la «cultura». Incluso los elementos de que se sirven son los mismos que usaban hace siglos, aunque variados hasta el infinito en sus aplicaciones y efectos; ocres vegetales, azul de índigo, etc. Y con respecto a la colocación de los colores, qué curioso es constatar la sensibilidad que tienen para combinarlos y de qué manera una tela ordinaria queda convertida en virtud de su arte en el más rico tapiz.

Entre las telas que trae Neruda hay también una excelente colección de batiks de Java. No hay que olvidar que Java es la tierra de origen del batik, de donde fué traído a Europa e introducido con distintos usos entre las mujeres occidentales, hace apenas algunos años. Y todos sabemos lo que han hecho del batik los decoradores franceses. Tal vez en ellos fué donde se empleó por primera vez el cubismo como práctica decorativa, sin embargo qué cantidad de efectos trasplantados, sin la

menor enmienda del lienzo malayo al pañuelo parisiense. Especialmente en el uso de los ocres, manchados en nervadura de hojas se encuentra a cada paso el mismo trazo de color, igual combinación de líneas encadenadas en un mismo ritmo. Solamente salta a la vista para no confundirlos nunca el sentido profundo, anímico, superior a la voluntad del laborador hindú en contraste con el arte evolutivo, personal y trascendente del decorador europeo. Ese verde fecundo y poderoso de los largos slendangs, que usan las madres del pueblo para llevar a sus hijos, en lucha con el tranquilo color rojo que lo enmarca constituye de por sí un secreto racial inasible para nosotros. Cuánta sabiduría en el trato de los colores elementales y las telas finas qué susceptibilidad adquieren en sus manos para coger las insinuaciones del índigo casi desvanecido o del dulce ocre, colores que nunca dejan de usar variando indefinidamente sus gradaciones.

El mayor interés de esta exposición de telas reside, a mi juicio, en que casi todas ellas pertenecen a una actualidad inamovible y siendo una industria reciente permiten establecer relaciones y comprobar influencias que van precisamente de un mundo a otro.

Igualmente interesante es la exposición de cuchillos de esta colección. Hay en ella desde un kriss javanés pré-hindú, antiquísimo, que forma probablemente entre los primeros objetos de metal introducidos en la isla, hasta los alfanjes de Sumatra, todos ellos de plata labrada. Entre los ejemplares más hermosos anoto un kriss con empuñadura de oro incrustada de grandes rubíes, obsequio del Susuhanan de Soerakarta en Bali, un cuchillo de verdugo y algunos ejemplares de Rentjongs que se reconocen en la partida de la hoja por las tres rayas simbólicas correspondientes a Siva, Vishnú, y Brama. Los entendidos se llevarán más de una sorpresa examinando los detalles de estas armas. Llama la atención particularmente la empuñadura de marfil de un alfanje que forma una exquisita flor de loto, y un detalle del kriss pré-hindú que consiste en la marca, que muestra cerca de la empuñadura, de los cinco dedos del fundidor cargados en él sin duda al rojo blanco, detalle bárbaro y curioso vestigio perdurable de remotos mitos malayos.

Pero lo que evidencia el más perfecto afán de coleccionista es la serie de máscaras que trae Pablo Neruda que alcanzan alrededor de treinta ejemplares de las más variadas procedencias: de la isla de Bali, de carácter espantoso, representando monstruos míticos-religiosos, máscaras diabólicas de Ceylán que las bailarinas se ponen para el «devil-dance», tamiles del sur de la India, y tal vez las más hermosas de Java para el uso del Wayang-orang, de una pureza de rasgos, de una tal finura expresiva que sólo podría recordar en Occidente la gracia misteriosa de Donatello.

Presentadas todas estas cosas en conjunto, al ser exhibidas en una sala, prestarán no sólo un servicio real a nuestros orientalistas, única gente que entre nosotros se ha preocupado hasta aquí de estas cosas, sino que esta

vez servirán, además, para fijar la curiosidad y el estudio de nuestra gente más culta.

### Exposición de los Profesores de Dibujo

La exposición de pintura hecha por los profesores de dibujo, en la primera quincena del mes de Mayo, remueve la cuestión ya tan debatida de la mayor o menor importancia que tiene para el profesor de los liceos, el ser un artista en actividad latente, cuya obra en él asuma tanta importancia como su mismo trabajo pedagógico.

Esta vez ha quedado de manifiesto que existe dentro de los profesores del ramo, un núcleo grande y meritorio de valores bien calificados dentro nuestros artistas, bastaría para probarlo, citar los nombres de Armando Lira, Marcos Bontá, Delfina Gutiérrez, Barac Canut de Bon, etc. No se trata en este caso de aficionados con condiciones sino de los más representativo de nuestra pintura que enseña su oficio en nuestros colegios. ¿Es posible dudar de la ventaja que tiene para el alumno tal ascendiente espiritual? En realidad de la exposición que comentamos parece fluir un resultado indiscutible en este sentido. El maestro que a su autoridad jerárquica une la estimación personal del alumno por su obra, dejará en él la única huella productiva que es razonable esperar de la enseñanza. La vocación indeterminada del niño o del adolescente se habrá encauzado estimulada de la manera más fehaciente. No es otra cosa lo que necesita esa condición apenas apuntada del muchacho que busca, no obstante, sordamente, secretamente crecer y expresarse. Naturalmente no le impresiona sino lo que reconoce superior a él. Ojalá siempre el profesor mantuviese en todo orden de cosas, en forma insospechable esta superioridad.

La exposición de profesores de dibujo presenta el caso que debiera repetirse más a menudo, del profesor distinguido que expone al lado del alumno de grandes méritos: Gumersindo Oyarzo y Armando Lira. Es el encañamiento lógico que necesariamente proviene de la oportunidad de las influencias, de la reciprocidad del trabajo aprovechado.

Cada cierto tiempo debieran efectuarse exposiciones sucesivas a la que comentamos—llena de actualidad y de labor—y agrandarse su proyecciones, cada vez.—*Tomás Lago.*